



ENCUENTRO REGIONAL
DE FILOSOFÍA

ENTRECruzAMIENTOS:

PERSPECTIVAS DisciPlinARES & Filosofía

ISBN 978-987-33-5173-0



Universidad Nacional del Nordeste
Facultad de Humanidades
UNNE



ENCUENTRO REGIONAL
DE FILOSOFÍA

ENTRECruzAMIENTOS:

PERSPECTIVAS DisciPlinARES & Filosofía



5/6/7
JUNIO
2014

Facultad de Humanidades - UNNE - Resistencia - Chaco



ISBN 978-987-33-5173-0

A.A.V.V.

Entrecruzamientos: perspectivas disciplinares y filosofía. - 1a ed. - Corrientes : el autor, 2014.

277 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-33-5173-0

1. Filosofía. I. Título

CDD 190

Fecha de catalogación: 26/05/2014

La Infancia como construcción de la propia infancia

Marta Susana Bertolini
(UNNE)

Actualmente dos cuestiones tensionan la categoría Infancia: por un lado las políticas neoliberales y su brazo ejecutor el “capitalismo infantil” (Bustelo,2007) que presionan para hacer de los niños meros consumidores en un mundo materialista y mercantilizado y por otro lado la perspectiva de los derechos del niño que jurídicamente exigen respetar su condición de sujetos de derechos, pero que sin embargo no han significado cambios concretos en la vida cotidiana de la mayoría de los niños y niñas, los que siguen siendo de distintos modos “dominados” por el mundo de los adultos. La intención del trabajo es revisar la propia categoría Infancia, elaborada siempre desde discursos adulto-céntricos y asumir que lo que le da sentido a esta categoría se constituye a partir de la multiplicidad de expresiones (siempre cambiantes) de los niños en relación a muy diferentes cuestiones. Expresiones que por su heterogeneidad plantean algunas dudas respecto a la posibilidad de cerrarlas en una categoría. Si bien, la construcción de la infancia como categoría posibilitó la visibilización de niños y niñas que hasta entonces participaban del mundo sin demasiada atención (Philips Aries; Lloy de Mause), también de alguna manera como sostiene Lourdes Gaitan (2006) ha influido en una “psicologización y una pedagogización de la infancia” producto de aparatos teóricos y representaciones de los adultos respecto de los niños. Gaitán, desde la sociología de la infancia, considera que las expectativas sociales que se depositan en niños y niñas hacen de los años de la infancia una etapa de preparación con la que colaboran padres y profesionales que tiene como finalidad la “integración de los niños y niñas al colectivo social”.

120

Ideologías, desarrollos científicos y prácticas sociales van conformando el concepto de infancia moderna, que se corresponde con el tipo de infancia que habita en los países desarrollados, cuyo modelo tiene la posibilidad de permeabilizar y penetrar en otros países y otras culturas (...) En las sociedades modernas los niños se comprenden como parte de la familia y como objeto de la educación; el encuadramiento institucional de los niños se produce a edades cada vez más tempranas. El tiempo libre de los niños también está controlado, a través de múltiples actividades de las llamadas de tiempo libre y de entretenimiento. Además, a los agentes de socialización tradicionales se ha venido a añadir uno nuevo, el de los medios de comunicación especialmente los audiovisuales, a través de los cuales el mundo adulto continúa divulgando sus valores” (Gaitan 2006: 16)

Los procesos de socialización intervienen de muy diferentes modos, en esta forma

de control que es justificada por razones de protección dadas las condiciones de evidente dependencia tanto biológica como psicológica y social de los niños y niñas durante sus primeros años de vida. Como sostiene Gaitán si la minoría de edad es la condición común para definir la categoría, queda claro que “ni todo lo que queda por debajo de la mayoría de edad es idéntico, ni todos los niños son iguales en todos los sitios”.

A lo que me gustaría agregar “qué bueno que así sea!!..” Ahora, si efectivamente el único criterio que podría estar operando para definir a la infancia es la diferencia de edad con respecto a los adultos, y si la idea de generación como “el conjunto de personas de educación e influjos culturales y sociales semejantes que se comportan de manera comparable en algunos sentidos” que la misma autora presenta, pretende superar la relación dominante y dejar así, atrás el concepto de “minoridad” para definir a la infancia como “el período de la vida durante el cual un ser humano es tratado como un niño y las características culturales, sociales y económicas de éste período (Frones 1994)”, considero que se está eludiendo la dimensión política y con ello las relaciones de poder. Desde ésta inquietud ¿podríamos pensar que la aparición de la infancia como categoría social, fuera considerada una “práctica divisoria”? En una entrevista que le hacen a Foucault (2001: 241) dice que sus estudios han girado en relación a los modos en que en nuestra cultura los seres humanos se han convertido en sujetos. “En la segunda parte de mi trabajo, he estudiado la objetivación del sujeto en lo que llamaré “prácticas divisorias”. El sujeto o bien se divide a sí mismo o es dividido por los otros. Este proceso lo objetiva.” El autor pone como ejemplo al loco y al cuerdo, al enfermo y al sano, al criminal y a los buenos, y como el mismo autor plantea siempre que el sujeto esté en situaciones de producción y de significación está en relaciones de poder; ¿podríamos pensar desde éste mismo lugar la relación que se establece entre niño y adulto al definir la infancia, como práctica divisoria?. Si la construcción de la Infancia puede ser pensada desde estas “prácticas divisorias”, los adultos mismos deberíamos pensar desde que lugar contribuimos o no a las mismas.

Como en la primera parte del trabajo se menciona, me interesa compartir aquí algunas reflexiones que diferentes lecturas me permiten cuestionar algunas prácticas consideradas “normales” en la relación entre niños, niñas y adultos, y a la vez me lleva a sospechar que si pudiéramos ubicarnos en este lugar del pensar, la categoría Infancia no sería solo un análisis realizado desde una perspectiva generacional, sino mucho más que eso sería el anclaje en el que los adultos podrían encontrarse a sí mismos.

Por lo general, lo primero que hace quien tiene a su cargo la situación de parto, es acercarse a la madre ese cuerpecito desnudo, frágil, la más de las veces dominado por el llanto que acaba de nacer. Ese cuerpo con el que el

niño o niña se nos presenta como “recién llegado” es a decir de Merleau Ponty (1985:163) “nuestro medio general de poseer un mundo”. El niño o niña posee un mundo, cada uno posee su mundo. Cada niño o niña no tiene un cuerpo, sino que es su cuerpo. Posesión que no siempre es considerada, o respetada por los adultos que rodean a ese niño. El cuerpo le pertenece, es suyo, es el mediador de todas las relaciones, con lo otro y con los otros y también consigo mismo. El cuerpo, el de todos, tanto del niño o niña como el nuestro no está ni en un espacio ni en un tiempo, sino que “los habita” (ob cit: 156). Desde este lugar nuestro cuerpo no es un objeto, no es algo, sino que “es un conjunto de significaciones vividas que va hacia su equilibrio. A veces se forma un nuevo nudo de significaciones, nuestros movimientos antiguos se integran en una nueva entidad motriz, nuestros primeros datos de la vista en una nueva entidad sensorial (...)” (Ob cit: 170). Si pensamos desde estas palabras, urge analizar las posibilidades que los niños y niñas tienen, de producir significados propios a las vivencias que atraviesan su cuerpo, y que esos significados sean respetados por los adultos. En la realidad la mayor parte de lo que los niños viven, lo significan en función de las representaciones que los adultos tienen e imponen al respecto, en ese proceso de objetivación del que habla Foucault y que nos va convirtiendo en sujetos, desde cuestiones muy sencillas referidas a la vestimenta o a los juegos que pueden o no hacer como a situaciones más delicadas como las que tiene que ver con la vida, con la muerte, con la sexualidad entre otras. No solo los adultos en las relaciones cotidianas marcan estas cuestiones, sino que el mercado se impone focalizando en el cuerpo, a través de los medios y la “ausencia” de los adultos ayudan a ello, estereotipos y modos de ser y de actuar que nada tienen que ver con las significaciones propias que cada uno podría otorgarle a sus vivencias. Así vemos niños y niñas, que desde muy pequeños, no son dueños de sus propias significaciones, sino que mediatizan a través suyo la de los adultos. (cfr La moda infantil y la erotización del cuerpo Maioli, 2012).

122

Habitar el tiempo y el espacio, como modos de subjetivación requiere según Lewkowicz (2001) “transitar una situación. En este sentido, el habitante es el que convierte un fragmento en situación. Dicho de otro modo, es el tipo subjetivo que hace de la situación de la que forma parte un mundo.(...) Así definido, el *habitar* no consiste en la *ocupación* de un lugar en un sistema de lugares(..) consiste en la determinación de ese espacio y de ese tiempo.” Y más adelante agrega:

“Justamente por eso, habitar un espacio es determinarlo. Y para determinarlo es preciso construirlo. De esta manera, habitar -en condiciones de fluidez- es sinónimo de construir. Pero como la construcción sucede en la fluidez, está amenazada de destitución.(...) construir en las condiciones de fluidez exige una tarea permanente. En otros términos, exige la colonización de ese espacio conquistado por el habitar. Pero ¿qué es colonizar? Es una operación sobre el terreno conquistado. Es la tarea subjetiva en tiempos de destitución.

Es el emprendimiento capaz de sostener lo fundado. Sin esta operación, la situación y el habitante se desvanecen. Sin esta operación, hay fragmentos y subjetividades fragmentadas. Justamente por eso, el habitar deviene estrategia de subjetivación decisiva en los tiempos contemporáneos.”

Estas palabras nos ayudan a revisar que posibilidades reales tienen niños y niñas de “determinar un espacio” , un espacio propio, tanto físico como simbólico, pienso en las posibilidades de un niño o niña de tres o cinco años decidiendo sus propios espacios, claro que siempre en convivencia con los demás, con los que vive, igual que como los adultos se vinculan entre sí. El diccionario define “habitar” como vivir, morar, nada más y nada menos... ¿Qué espacio tienen los niños para ellos, para vivir, construido por ellos? Sea en la familia, sea en la Escuela, sea en una plaza... Si habitar es necesario para construir, que lugar le dejamos a los niños y niñas para que “habiten” sus propios espacios?? Que posibilidad tienen cada uno de habitar, de morar, de vivir espacios simbólicos en los que la transmisión del mundo que los adultos hacen a los más pequeños pueda ser capturada desde las múltiples significaciones y sentidos que uno podría darle??

Los espacios son, por lo general definidos y decididos por los adultos, que desde su lugar y olvidados de su propia infancia, suponen que los niños y niñas no están en condiciones de decidir el uso de los espacios, sea en la vivienda familiar, sea las instituciones educativas, sean físicos o simbólicos. Suposición que como tal puede o no corresponder a la realidad, pero que de cualquier modo por su carácter hipotético no justifica las decisiones que se toman al respecto. Si los niños tomaran la palabra y los adultos habilitan los tiempos de escucha y de diálogo desde un posicionamiento más horizontal en cuanto a las posibilidades de construir sentidos, seguramente podrían construir solos o con la mediación de pares o de adultos mundos muy diferentes al que los adultos los acercamos. Estoy pensando en tantos espacios cristalizados y en los que hacer de la situación que se forma parte su mundo, aparece sino imposible, altamente improbable justamente porque como dice el autor trabajado no es él o ella quienes construyen ese espacio.

Pensar la construcción de los espacios nos permite también reflexionar sobre las posibilidades de revisar la vivencia, la experiencia del tiempo. Pensar como organizamos desde el mundo nuestro, de los adultos, los tiempos de los más pequeños, desde sus primeros días de vida. En este sentido es interesante recuperar para volver a pensar la infancia desde la infancia, el acercamiento que Hoyuelos hace a la concepción de “tiempo” que en nuestra cultura occidental ha quedado relegada al sentido cuantificable, medible y material del mismo, es decir al *chronos*. Como sostiene el autor

“Desde antaño, nuestra cultura se ha preocupado, obsesivamente, por medir el tiempo. Hemos pasado de los relojes solares a los de pesas, a los mecánicos, a los digitales, a los de cesio como un desafío permanente para alcanzar el mito de la precisión relojera. Hemos inventado los calendarios, las semanas, los días, las horas, los

minutos, los segundos y ahora podemos medir una décima de millonésima de segundo.”,

Sin embargo no hemos considerado el Kairos, el tiempo del alma, de la experiencia, de la subjetividad. Tiene que ver con las vivencias personales que cada uno hace del tiempo, que necesariamente son diferentes en unos y otros. A este tiempo, al tiempo del sentido, de la vivencia, de la biografía, al tiempo que nos conecta con la experiencia vital de ser quienes somos, al tiempo que nos permite habitar, a este tiempo no solo le concedemos escasa presencia en nuestras vidas, sino que, por lo general la negamos como experiencia vital de los niños. Aunque ellos y ellas, por suerte y sin saberlo, como movidos por esa energía vital lo usan a su manera. La cuestión que aquí queremos señalar es que al no reflexionar y pensar los adultos sobre esta posibilidad de considerar el tiempo, se la negamos o se la expropiamos a los niños y niñas cuando ellos desde su propia energía vital lo viven. Dice Agamben (2007 :149) refiriéndose a este tiempo que nos es objetivo y sobre el que no se ejerce ningún control, sino que surge de la acción y decisión de cada uno:

“el kairos concentra en sí los diferentes tiempos (...) y en él el sabio es amo de sí mismo y está a sus anchas como el dios en la eternidad.”

Por último, dado los tiempos que aquí se exigen, quisiera mencionar otra cuestión que hace que la infancia deba ser revisada desde la vida de los propios niños y niñas que componen esa categoría y tratar de devolverles la infancia los tiempos de la infancia, que le han sido expropiada por nosotros los adultos en nombre del futuro hombre o mujer de bien en que supuestamente deberían transformarse.

Esta última cuestión es mencionada por Forster en un capítulo de un libro que titula Los tejidos de la experiencia. Allí el autor retoma a Benjamin en como la infancia ve el mundo de manera muy distinta a la que los adultos suponemos. Dice Forster siguiendo a Benjamin “ Para el niño las cosas no son parte de una cadena de montaje, no ocupan un lugar en los recursos funcionales de un sistema, sino que cada cosa adquiere vida, lenguaje propio, son portadoras de una magia, de una luz, incluso de un aura y a pie de página cita al autor “Advertir el aura de una cosa significa dotarla de la capacidad de mirar”.... Seremos capaces de asumir la “capacidad de mirar” que tienen todos los niños y niñas desde su nacimiento y desde ahí permitir la producción de experiencias?? La frase de Benjamin, es una interpelación directa a revisar y posicionarnos desde otros lugares en la relación que los adultos mantenemos con los más pequeños de nuestra sociedad.

Muchas gracias!

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. (2007). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora
- Ariès, Philippe.(1987).*El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- DeMause, Lloyd. (1982).*Historia de la infancia*. España: Alianza.
- Foucault, Michel. (2001) *Post- Scriptum El sujeto y el poder* en Dreyfus, H. y Rabinov,P. Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica. Buenos Aires: Nueva Visión
- Forster, Ricardo (2009) Los tejidos de la experiencia. En Skliar y Larrosa (comp) *Experiencia y alteridad en educación*. Buenos Aires Hommo Sapiens.pp 121 -141.
- Gaitan, Lourdes(2006). *Sociología de la Infancia*. Madrid: Síntesis.
- Hoyuelos, Alfredo *Los tiempos de la infancia*.
- <http://idbdocs.iadb.org/wsdocs/getdocument.aspx?docnum=38061723>
- Lewkowicz, Ignacio (2001) *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Grupo Doce